

De Garay, Graciela (coord.). **Gilberto Bosques. Historia oral de la diplomacia mexicana**, México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano-SRE, 1988, 165 pp..

Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel— nos une y nos separa
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.

PEDRO GARFIAS

I

- El 13 de junio de 1939, el *Sinaía* tocó el puerto de Veracruz trayendo a tierras mexicanas el primer grupo numeroso de españoles. Huían de la barbarie y del terror, pero también de la patria muerta. Allí, en ultramar, quedaba la España ensangrentada, ocupada por el fascismo, destrozada por la guerra civil. La conspiración de las sacristías y los cuarteles —como escribiera alguna vez don Francisco Martínez de la Vega— aplastó el experimento popular de la segunda República, al tiempo que las potencias de Occidente avalaban, con su silencio y su inactividad, la primera investida contra la democracia cometida por las fuerzas del eje. Ahí inició el entreacto que concluiría en la hecatombe mayor de la historia humana: la segunda guerra mundial.
- Por la ruta que lleva a la frontera francesa, en Cataluña, miles de seres humanos marchan penosamente. Un pánico terrible se ha apoderado de ellos. Tarragona está tomada y Barcelona está cerca. Con la caída de Cataluña,

después de la batalla del Ebro, todo está perdido para las fuerzas republicanas. Se dirigen a Francia —¡Oh cuna de los derechos del hombre!— con la esperanza de encontrar refugio, pero el gobierno francés de Daladier, que había asistido a la Conferencia de Munich e instruido a su canciller Bonnet para firmar el acuerdo franco-alemán “de buena vecindad”, en un esfuerzo diplomático por alejar el fantasma de la guerra, únicamente pudo hacinarlos en inhóspitos campos de concentración, sometidos a penurias, acechanzas, riesgos continuos de deportación. La inseguridad aumentó con el tiempo. Pronto el Parlamento francés votó el reconocimiento al régimen del general Franco y se designó, para los efectos, embajador extraordinario al mariscal Petain, de conocida filiación conservadora.

- Al caer Francia en 1940, la situación de los refugiados españoles se hace intolerable. El régimen colaboracionista de Vichy, en coordinación con la Gestapo y los agentes de Franco, emprenden una ola represiva contra ellos, enviando a varios de regreso a España, por el camino del cadalso, o trasladando a los más a los campos alemanes de trabajo forzado. Ningún país de Europa, excepción expresa de la Unión Soviética, les abre sus puertas. Sí en cambio América toda. El México del general Cárdenas había seguido con atención el desarrollo de los acontecimientos y ya desde tiempo atrás había dado pasos importantes para apoyar la República: desde buscar las providencias para hacerle llegar armas al gobierno constitucional, recibir a 500 niños huérfanos o extraviados, ofreciéndoles en México una nueva patria, o la gestión del representante en Portugal, Daniel Cosío Villegas, para traer al país un grupo de intelectuales que veían en España obstaculizada su labor.

México se llenó de gloria con estas acciones y con la guerra civil española escribió una de las páginas más nobles y loables de la diplomacia mexicana.

II

- Cuando en México celebramos los 50 años del exilio español con el justo reconocimiento a esos transterrados, no puede dejar de doler el descuido en esta circunstancia de los hombres que hicieron posible su logro, y que desinteresadamente y con el único deseo de servir a la patria y a la humanidad cumplieron con creces las instrucciones del presidente Cárdenas. Narciso Bassols, Luis I. Rodríguez, Fer-

nando Gamboa, Gilberto Bosques y otros tantos que es imposible abarcar aquí.

- A 12 kilómetros de Marsella se encuentra el antiguo castillo de la Reynarde. Ahí, unas 800 personas de nacionalidad española han encontrado un refugio y una manera digna de sobrevivir bajo la protección del Consulado General de México en Francia, al frente del cual se encuentra Gilberto Bosques. Infatigable, el cónsul Bosques idea formas de defensa jurídica de los exiliados que son solicitados por su país, busca los medios para su manutención y recreación y embarca rumbo a México en Marsella o en Casablanca, en África, o en donde sea, el mayor número posible de hispanos. Cumple rigurosamente y con una alta voluntad de servicio su misión desde Marsella, donde ha habido necesidad de mudarse al irrumpir las tropas nazis en la ciudad lux. Obvio es decir que antes que nada, su principal interés es proteger la colonia mexicana en Francia, pero también otorga visas de su país para españoles, franceses, libaneses, judíos, etc., así como también a refugiados antinazis y antifascistas que parten a hacer la guerra de liberación de su patria. Bosques reconoce con satisfacción haber documentado “a los que llegaron a ser figuras prominentes en la guerra de Yugoslavia, menos Tito, que no pasó por Francia”, al igual que austriacos, alemanes e italianos de la Resistencia, entre los que destaca Luigi Longo, líder del Partido Comunista Italiano.

III

- En el segundo semestre de 1988, la Secretaría de Relaciones Exteriores, al través del Archivo Histórico Diplomático Mexicano, pone en circulación el libro *Gilberto Bosques. Historia oral de la diplomacia mexicana*, número 2 de la colección emprendida bajo la coordinación de Graciela de Garay, que intenta “congelar la voz” —yo diría más bien eternizar los recuerdos— de distinguidos diplomáticos mexicanos. El número uno, dedicado a Castro Valle, y este segundo ejemplar que comentamos, aparecidos ambos en ediciones impecables (prueba de que se pueden hacer buenas ediciones sin que ello signifique erogaciones importantes), se dan a la tarea de continuar con un valioso método auxiliar de la investigación histórica que encuentra en nuestro suelo importantes precedentes: desde los esfuerzos de recopilación de testimonios del pasado mexicana y la conquista española, llevados al cabo por misioneros como fray Andrés de Olmos o Sahagún, hasta su revitalización con lo que se

ha dado en llamar el "resurgimiento de la sociedad civil", posterior a los sismos de 85, con cronistas como Monsiváis, Poniatowska y muchos más.

- Siguiendo la ruta del *Sinaía*, llegan a México el *Mexique*, el *Ipanema*, el *Flandes*, el *Winnipeg*. . . "Todos los refugiados que quieran venir a México tendrán las puertas abiertas del país", fueron en esencia las instrucciones del presidente Cárdenas. Bosques con gran valentía cumple su misión a riesgo de su propia vida. Eran tiempos —recuerda— en que "el derecho internacional clásico no funcionaba, ni siquiera el derecho diplomático" (p. 61). Cuando la Francia yacía postrada y los alemanes practicaban *razzias* masivas contra los judíos. En ese contexto, Bosques solicitó al gobierno mexicano la ruptura de relaciones diplomáticas con el país galo, misma que se daría poco tiempo después, estando él encargado de la Legación de México en Vichy. Como consecuencia de esa decisión, el ministro Bosques fue aprehendido por los soldados del Reich y recluido con toda la representación mexicana en el hotel-prisión de Bad Godesberg, en donde por más de un año soportaron con dignidad su condición de prisioneros de guerra.
- La guerra civil española dio a México la oportunidad del reencuentro con la madre patria, permitió el florecimiento cultural —quizá uno de los más significativos— del país y, como se ha sugerido ya, dio solidez a los principios tan nuestros de la no intervención y la autodeterminación de los pueblos. En todo ello Gilberto Bosques tuvo una invaluable labor, la que permitió que a la vista de Veracruz, Pedro Garfias, a bordo del *Sinaía*, escribiera lo que se ha considerado el poema del exilio español:

Como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

IV

- Me he tomado la libertad de estos comentarios, surgidos de la lectura de las memorias de Gilberto Bosques, para ilustrar sólo una parte de la vida de uno de aquellos diplomáticos que trajo la Revolución y que ganaron para México el respeto de las naciones del mundo. Bosques fue siempre amigo de la España republicana desde sus misiones en Francia o posteriormente en Portugal. Pero fue también un brillante difusor de la cultura mexicana en el mundo. Como embajador ante el Reino de

Suecia montó la más grande exposición de arte mexicano en toda Escandinavia que hasta la fecha se haya visto, ganándose por esa labor el alto honor de ser el primer extranjero que recibiera de manos del rey la Gran Cruz de la Estrella Polar, máxima distinción dada por Suecia.

V

- El tercer apartado del libro es igualmente apasionante. Se trata ahora de su gestión diplomática en Cuba, ante el gobierno del general Fulgencio Batista. Le tocará seguir de cerca el desarrollo de los acontecimientos que revelaban para entonces el resquebrajamiento de la dictadura. Volverá a proteger exiliados y a influir con sus análisis en las decisiones que con respecto a la isla tomaría el presidente Adolfo López Mateos. No es arriesgado decir que a Bosques se debe en buena parte la certera intervención de México, en el seno de la OEA, oponiéndose con su voto a la exclusión de Cuba del organismo.
- La carrera pública de Gilberto Bosques concluyó con un acto de valentía y rectitud: dimitir en el momento mismo en que se enteró de quién estaría al frente de los destinos de México para el periodo que se iniciaba el 1o. de diciembre de 1964. Había iniciado mucho tiempo atrás, cuando a la edad de 17 años se fue a la Revolución al lado de Aquiles Serdán en su natal Puebla.

Fernando Tapia Jardón